

MONJES Y CORTESANOS EN LA ENCRUCIJADA DEL SABER*

Juan R. Goberna Falque

Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela
Historiador
jgoberna@gmail.es

ABSTRACT: *In this monographic issue devoted to the sociology of knowledge and science we will try to prove that for the creation and diffusion of a certain field of discipline it is necessary to constitute some specialized corporate groups, which will be in charge of its elaboration and transmission, and that the internal dynamics of these communities may raise some objections and establish the boundaries of each specific discipline. Among all the possible thousand ways we had to open the debate, in this "Introduction" we have considered it attractive to do a brief exposition of the professional career of the French philosopher Auguste Comte, focusing particularly on his relationships with two of the most important French learning institutions of the first half of the XIXth century, the École Polytechnique and the Académie des Sciences de Paris, and establishing the inevitable parallelisms with the cursus honorum of two of his strongest intellectual rivals, François Guizot and François Arago. In the second part of the article we present a brief summary of the fifteen contributions that form this monographic issue.*

KEY WORDS: *Sociology of knowledge, specialized communities, contemporary intellectual history, history of sociology, history of philosophy, Comte, Auguste.*

Los investigadores y los profesores universitarios deseamos saber. El saber nos produce placer y a su búsqueda dedicamos una parte muy importante de nuestras vidas, aprendiendo habilidades y destrezas a fin de crearlo y desarrollarlo en el marco de cada una de nuestras especialidades. Sin embargo, como representantes del *Homo academicus* que somos, tal y

MONKS AND COURTIERIERS IN THE CROSSROADS OF KNOWLEDGE

RESUMEN: En este número monográfico dedicado a la sociología del saber y de la ciencia intentaremos demostrar que para la creación y difusión de un determinado ámbito del conocimiento es necesario que se constituyan unos grupos corporativos especializados, que serán los encargados de su elaboración y transmisión, y que la dinámica interna de esas propias comunidades puede poner trabas y establecer los límites de cada conocimiento específico. De entre las mil maneras de las que podríamos habernos servido para abrir el debate, en esta "Presentación" nos ha parecido sugerente hacerlo con una breve exposición de la trayectoria profesional del filósofo francés Auguste Comte, centrándonos particularmente en sus relaciones con dos de las grandes instituciones del saber francesas de la primera mitad del siglo XIX, la *École Polytechnique* y la *Académie des Sciences de Paris*, y estableciendo los inevitables paralelismos con el *cursus honorum* de dos de sus grandes enemigos intelectuales, François Guizot y François Arago. En la segunda parte del artículo se presenta un pequeño resumen de cada una de las quince contribuciones que configuran el presente monográfico.

PALABRAS CLAVE: Sociología del conocimiento, comunidades especializadas, historia intelectual contemporánea, historia de la sociología, historia de la filosofía, Comte, Auguste.

- PROFESOR/A (s.) *Sinónimo de maestro/a. Persona que transmite un conjunto de conocimientos. Término en desuso.*
- GESTOR ACADÉMICO (s. m.) *Vendedor de mercancías imaginarias que mediante el procedimiento de minimizar beneficios y maximizar costes (...) se desenvuelve racionalmente en el mercado universitario.*

(José C. Bermejo Barrera,
"Novum Glosarium Academicum...", 2006b)

como señalara el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1984), en el ejercicio de nuestra profesión nos enfrentamos a un sistema de deseo que oscila constantemente entre las dos fuerzas que según San Agustín rigen el alma humana: la *libido sciendi* y la *libido dominandi*. Al cabo de los años vamos atesorando un "capital simbólico", labrado, generalmente, tras

grandes esfuerzos, merced una acumulación de méritos que pueden ir desde la publicación de libros, capítulos de libros, artículos de investigación o de divulgación científica, etc., la participación en proyectos y en contratos de investigación de especial relevancia, las actividades de transferencia de tecnología, el diseño y creación de patentes y modelos de utilidad, etc., hasta la recolección de "signos externos de saber", como por ejemplo la pertenencia a determinadas sociedades o a determinados consejos asesores de revistas científicas, la asistencia en calidad de ponentes a reuniones y congresos, la participación como evaluadores en comités de selección de las candidaturas a los principales premios o contratos de investigación, etc. Y es transitando por esta segunda vía donde el *homo academicus* corre el riesgo de experimentar la pasión por el poder, ya sea simplemente académico, en su versión más clásica, ya sea incluso económico y político, algo que hasta hace bien poco resultaba improbable, pero que ahora también pueden encontrarse al alcance de su mano, si realmente se lo propone y le acompañan las circunstancias (Goberna Falque, 1994; Bermejo Barrera, 2006a).

El título de nuestro estudio introductorio remite a la división propuesta en 2001 por dos profesores británicos, Tony Becher, emérito de la Universidad de Sussex, y Paul Trowler, de la Universidad de Lancaster, quienes tuvieron la brillante idea de agrupar a sus colegas en dos grandes grupos, el de los "monjes" y el de los "cortesanos", en función de los intereses prioritarios que hallasen en el desarrollo de su profesión: los primeros, evidentemente, serían aquellos que se caracterizan básicamente por dar rienda suelta a su *libido sciendi*, mientras que para los segundos el estatus académico tan sólo sería una plataforma desde la que espolpear su "sed de poder" (Becher y Trowler, 2001). La pertinencia de tal división, como no podía ser de otra forma, puede resultar polémica, habida cuenta que sin duda ha habido "monjes" en que algún momento de sus vidas han sido "cortesanos" y viceversa. En todo caso, nosotros la consideramos operativa y por ese motivo la vamos a utilizar como hilo conductor de nuestra presentación.

ARQUETIPOS ENFRENTADOS: AUGUSTE COMTE, FRANÇOIS GUIZOT Y FRANÇOIS ARAGO

De entre las mil maneras de las que podríamos servirnos para abrir este monográfico dedicado a la sociología del

saber y de la ciencia, nos ha parecido sugerente hacerlo con una breve exposición de la trayectoria profesional de alguien que reúne a nuestro juicio todas las características necesarias para convertirse en el arquetipo del "monje", el filósofo francés Auguste Comte (1798-1857), centrándonos particularmente en sus relaciones con dos de las grandes instituciones del saber francesas de la primera mitad del siglo XIX, la *École Polytechnique* y la *Académie des Sciences de Paris*, y estableciendo los inevitables paralelismos con el *cursus honorum* de dos de sus grandes enemigos intelectuales, el historiador y político François Guizot (1787-1874) y el matemático, físico, astrónomo y también político François Arago (1786-1853), arquetipos ambos de lo que entendemos por "cortesano". No nos cabe la menor duda que el lector (sobre todo si es miembro de la comunidad científica o universitaria) tendrá *in mente* sus propios modelos ideales para desempeñar sin tacha los papeles de "monje" y "cortesano", probablemente relacionados con su propia experiencia personal en el ámbito académico. También nosotros los tenemos, pero hemos considerado más ilustrativo, por lo que de paradigmático tiene su caso, relatar las circunstancias profesionales que le tocó vivir al que ha sido considerado, tras Descartes, el filósofo francés más importante de todos los tiempos¹, y sólo secundariamente las de sus dos antagonistas.

Comenzaremos nuestro relato biográfico en el mes de febrero de 1831. Comte, que cuenta ya por entonces treinta y tres años de edad, decide a partir de ese momento consagrar seriamente parte de sus energías a la búsqueda de un empleo estable, pero su orgullo y su habitual falta de diplomacia lo llevan a protagonizar una serie de episodios encontrados con las altas instituciones educativas y académicas francesas, trufados además de continuas diatribas epistolares, nuevas separaciones conyugales de su mujer, Caroline de Massin, y la participación y posterior inculpa-ción en la famosa revuelta republicana de 1834. De entre todo este rosario de infortunios sobresale particularmente el que se produce como consecuencia de la presentación de su candidatura para concursar a la cátedra de análisis y de mecánica racional de la *École Polytechnique*. Comte se cree con posibilidades porque la convocatoria coincide en el tiempo con la publicación del primer tomo del *Cours de philosophie positive*, un volumen que al estar dedicado íntegramente a la filosofía matemática debería permitir, a su juicio, "más que ningún otro tipo de trabajo, apreciar

especialmente la capacidad didáctica" (Sernin, 1993, 138). Una desmesurada autoestima y un análisis ingenuo del funcionamiento del sistema de selección del personal de la *École* le impiden apreciar las escasas o nulas posibilidades de conseguir el puesto, dado que, para su desgracia, Henri Navier, un antiguo protector suyo, trece años mayor que él, también concursa a dicha plaza². El 7 de marzo de 1831, tras haberse consumado el fracaso, le escribe una carta al presidente de la *Académie des Sciences de Paris*, en la que se queja en términos muy severos contra la sección de geometría haciendo especial hincapié en lo que a su juicio ha constituido una demostración palpable de endogamia:

"Debo señalar expresamente esta violación directa de deberes académicos de la parte de la sección de geometría y protestar contra la molesta influencia que puede ejercer un precedente tan extraño, en el interés de todos los científicos cuya vida solitaria no los pone por lo regular en contacto individual con los miembros de una sección determinada de la Academia" (cit. en Sernin, 1993, 138).

No obstante, el propio Navier, que no es rencoroso y conoce de primera mano las dificultades del filósofo, lo nombra el 24 de diciembre de 1832 "pasante" (en francés, *répétiteur adjoint*) de análisis y de mecánica en la *École*. No es un puesto glorioso ni bien pagado (apenas dos mil francos al año), pero Comte no tiene más remedio que aceptarlo.

Entre tanto, Comte abre otro frente (epistolar, en este caso), como consecuencia de una solicitud que le realiza al primero de nuestros "cortezanos", François Guizot³, a la sazón Ministro de Instrucción Pública, a quien sugiere, a través de una carta fechada el 29 de octubre de 1832, que cree para él en el *Collège de France* "una cátedra de Historia general de las Ciencias físicas y matemáticas" (Sernin, 1993, 140-141). Al no tener ninguna respuesta por parte de Guizot, vuelve a la carga el 30 de marzo de 1833, conminándole a que evalúe el proyecto con la mayor brevedad posible: "Os confieso, señor, que a lo que yo le doy más importancia en este asunto es al hecho de que usted quiera tomar la decisión sin intromisiones" (Sernin, 1993, 142), dándole a entender que temía que fuese incapaz hacerlo por sí solo. Comte nunca le perdonará que lo hubiera ignorado de esta forma y da muestras de ello en el famoso prefacio personal que encabeza el sexto volumen del *Cours de Philosophie Positive*:

"Cuando el señor Guizot vinculó su nombre a la peligrosa restauración de una academia que afortunadamente había sido suprimida por Bonaparte, la mayoría de mis amigos, e incluso de mis enemigos, pensaron que no se podía eximir de mi participación directa, aunque sólo fuese en virtud de mis trabajos iniciales en el ámbito de la filosofía política (...). En aquel entonces, prácticamente solo, comprendí que, por muy grande que fuese la mutua oposición que debiese existir, en efecto, entre estas diversas tendencias especulativas, su naturaleza metafísica común las reuniría siempre en mi contra" (Comte, *Física Social*, "Prefacio personal", 476).

Guizot, por su parte, evocando a Comte en sus *Mémoires* (1859), ofrecerá una perspectiva bien distinta del asunto y se referirá al filósofo positivista con un tono desdeñoso y altanero:

"No lo conocía en absoluto y nunca había oído hablar de él. Lo recibí y departimos charla un rato (...). Su sinceridad, su devoción y su ceguera me inspiraron esa estima tan triste que se refugia en el silencio. Si hubiese juzgado oportuno la creación [de esta cátedra], jamás habría considerado, ni por un solo momento, concedérsela a él" (cit. en Sernin, 1993, 144).

Un episodio de formidable trascendencia política complica aún más, si cabe, la complicada situación personal y profesional de Auguste Comte. En el mes de abril de 1834 los republicanos se sublevan en Lyon y, poco después, en París, donde se levantan barricadas en Le Marais. La insurrección acaba con la masacre de Transnonain y la detención de dos mil personas, entre los que se hallaba la plana mayor del partido republicano. El 28 de julio de 1835 un republicano exaltado, Giuseppe Marco Fieschi, dispara sobre el cortejo real desde un tejado en la rue du Temple; el rey sale indemne pero mueren dieciocho personas, entre ellas el mariscal Mortier. Nuevas medidas y leyes que afectan en septiembre a la prensa republicana y que culminan el 23 de enero de 1836 con la aprobación de severas condenas para los 164 republicanos procesados, entre los que se encontraba Armand Marrast, amigo y protector de Comte. Estos inculpadados solicitan un Comité de defensa, en el que finalmente participan algunos ilustres abogados e intelectuales de la época, como Félicité de Lamennais, François Raspail, Hippolyte Carnot, Armand Carrel, Pierre Leroux, Auguste Blanqui, Armand Barbès y, por supuesto, Auguste Comte. Para su desgracia, Michel de Bourges, abogado de

la defensa republicana y ferviente revolucionario, decide escribir una carta abierta a los prisioneros como "portavoz" del Comité, en la que, entre otras lindezas, se afirma que "la infamia del juez constituye la gloria del acusado" (Sernin, 1993, 146). Las consecuencias de esta salida de tono no se hacen esperar, y tanto Comte como el resto del Comité son acusados de ultraje a la *Haute Cour*. Este proceso legal y el conocimiento directo de las disensiones internas del partido harán variar la opinión que se había formado de los republicanos durante su juventud, y una de las consecuencias de este capítulo será probablemente su futura aquiescencia al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1852 que supondrá el ascenso al poder de Luis Napoleón Bonaparte y la consecuente instauración del Segundo Imperio.

En enero de 1835, en el transcurso de un concurso a un puesto de geometría en la *École Polytechnique*, Comte defiende una memoria titulada "La cosmogonía positiva, incluyendo una verificación matemática de la hipótesis formulada por Herschel y Laplace para explicar la formación de nuestro sistema solar". La plaza es otorgada a Joseph Liouville, pero la inesperada muerte de Navier en el verano de 1836 deja libre uno de los dos puestos de análisis y de mecánica racional, circunstancia que le permite a Comte ser finalmente seleccionado para ocupar esta vacante durante dos meses. Su éxito en sus nuevas funciones es inmediato y ciertamente deslumbrante: el director de estudios, el físico Pierre-Louis Dulong⁴, está dispuesto a apoyarle, y los alumnos están encantados con su nuevo profesor. Pero su felicidad dura muy poco, ya que el 24 de octubre de ese mismo año, tras la pertinente deliberación, la *Académie des Sciences de Paris* decide que sea Jean-Marie Duhamel, compañero de promoción de Comte y testigo de su boda civil, quien ocupe el puesto interino.

El 25 de julio de 1839 sale publicado el cuarto volumen del *Cours de Philosophie Positive*. Comte debe proseguir su periplo galo como examinador de la *École Polytechnique*. En sus cartas a sus esposa Caroline se refiere con frecuencia a su nostalgia de París y el cansancio que le produce este empleo. En cuanto a su situación profesional, este período está presidido por un nuevo fracaso: el fallecimiento de Siméon Denis Poisson⁵ deja vacante la cátedra de análisis trascendente y de mecánica racional de la *École*, y a Comte no se le ocurre nada mejor, para reforzar su candidatura, que escribirle una carta a los miembros de la *Académie des*

Sciences de Paris, fechada el 13 de julio, en la que exalta una vez más el espíritu de conjunto, aquel que, a su juicio, mejor lo definiría, enfrentándolo al espíritu de detalle que caracterizaría implícitamente a los representantes del *Conseil de l'École*. Naturalmente, amigos y conocidos le advierten que esta soflama supone un suicidio académico, a lo que el filósofo responde que a los cuarenta y dos años largos ya se es lo suficientemente mayor para dirigir sus propios asuntos. Tras esta declaración de guerra, la suerte de Comte está echada, y el 21 de agosto el *Conseil* opta por un candidato al que nuestro filósofo consideraba particularmente mediocre e incompetente: el matemático Charles Sturm⁶.

En el plano político, el viento tampoco sopla a favor de los postulados comtianos, pues nos encontramos en una época en la que la política estacionaria, contra la que Comte siente una especial animadversión, triunfa por doquier y va acentuando cada vez más el conservadurismo inherente al sistema político inaugurado en julio de 1830, como lo pone de manifiesto la sustitución de Louis Adolphe Thiers por François Guizot a la cabeza del gobierno francés, producida en octubre de 1840. Económicamente, la aristocracia industrial está viviendo una particular edad dorada, situación que contrasta crudamente con la del incipiente proletariado, pues los salarios siguen siendo muy bajos y las condiciones de trabajo realmente lamentables. Y es precisamente en este contexto en el que el socialismo, heredero de las teorías Charles Fourier, Pierre-Joseph Proudhon, Louis Blanc y, por supuesto, Henri de Saint-Simon, inicia su andadura en medio de la miseria en la que viven la mayor parte de obreros franceses. Pese a esta situación de polarización social y de sensibilización política, Comte se vuelve cada vez más indiferente a los movimientos políticos de su época, pues para él tan sólo tiene valor el poder espiritual de los científicos, el único que, tarde o temprano, estará capacitado para salvar a la sociedad occidental de todos sus males.

Mientras tanto, Comte sigue dando muestras de autocomplacencia entre sus amigos y se felicita del desarrollo que va adquiriendo con el paso de los años su propia obra, en la que el volumen segundo es mejor que el primero, el tercero mejor que el segundo, etc. (Sernin, 1993, 178). Sin embargo, consciente del esfuerzo intelectual que había supuesto la redacción del cuarto volumen del *Cours*, y ante la amenaza de una crisis mental como la que le había

llevado al Hospital psiquiátrico del Dr. Esquirol en abril de 1826, se toma un descanso de algo más de nueve meses y no ataca el quinto hasta el 21 de abril de 1840.

El sexto volumen del *Cours*, "que contiene el complemento de la parte histórica de la filosofía social, y las conclusiones generales" (*Física social*, 465-791), está encabezado por el celeberrimo "Prefacio personal", que Comte redacta en apenas tres días, los que van desde el 17 al 19 de julio de 1842. En esta prolífica exposición, a medio camino entre la autobiografía y la *vendetta* académica, queda perfectamente de manifiesto hasta qué punto la vida y la obra comtianas de no pueden entenderse por separado. En él, Comte ofrece una serie de indicaciones biográficas de gran valor, como por ejemplo el contexto familiar, la educación recibida, el origen de su devoción por el estudio en general y por las matemáticas en particular, su anhelo de pertenecer al cuerpo de profesores de la *École Polytechnique*, etc., haciendo de paso alusión a asuntos más espinosos, como su relación con Saint-Simon (de quien había sido, en su juventud, secretario personal) o el episodio de crisis cerebral que sufriera en 1826, y conectando este conjunto de explicaciones en torno a su propio desarrollo vital con el de su doctrina positivista. Sin embargo, la parte más significativa del prefacio la constituye el furibundo ataque que Comte realiza contra los tres grupos que a su juicio se reparten el "dominio intelectual" contemporáneo, a saber, el de los teólogos, el de los metafísicos y el de los científicos, y cuyos miembros lo habrían perseguido y martirizado por ser el padre y fundador de una filosofía moderna cuyo poder envidiarían y temerían a un mismo tiempo.

Así, acusa a los teólogos de haber sido los responsables de que no acabara sus estudios en 1816:

"Desde mi adolescencia he percibido de un modo ingrato el peso personal de este inevitable antagonismo, primera fuente general de las dificultades actuales de mi situación. En efecto, fue sobre todo bajo el influjo de las inspiraciones retrógradas de la escuela teológica cuando se llevó a cabo, en el transcurso la célebre reacción de 1816, la funesta expulsión que dislocó o trastornó tantas existencias en la Escuela Politécnica, y sin la cual yo habría obtenido con toda naturalidad dieciséis años antes, siguiendo las pertinentes costumbres de este establecimiento, la modesta posición que tan sólo he comenzado a ocupar en 1832, lo cual, segu-

ramente, habría cambiado todo el curso posterior de mi vida material" (*Física social*, "Prefacio personal", 471).

Del mismo modo que está convencido de que esta misma inquina está en el origen de la inclusión de su obra en el *Index Librorum Prohibitum*:

"A medida que mi desarrollo mental se ha ido caracterizando definitivamente merced a la sucesiva aparición de los diversos volúmenes de este tratado, una inevitable decadencia oficial no ha impedido a mi respecto las malévolas manifestaciones de este partido incorregible que, desde hace cinco siglos, sintiéndose cada vez más incapaz de sostener ninguna verdadera discusión, todavía aspira, incluso desde la impotencia, a exterminar o a degradar a sus diversos adversarios filosóficos. Pese a su acostumbrada circunspección, la corte de Roma ha prorumpido recientemente contra una obra que no estaba terminada una de estas ridículas censuras que han ido perdiendo hasta el extraño poder, todavía subsistente en el siglo pasado, de excitar la lectura de las obras prohibidas, y al respecto de las cuales el público actual ni siquiera se digna a informarse sobre tal proscripción" (*Física social*, "Prefacio personal", 472).

Los metafísicos, por su parte, resultan mucho más peligrosos que los anteriores, ya que según Comte son más poderosos y han logrado aparentar una mayor flexibilidad y al mismo tiempo han conseguido postularse como los mejores valedores de progreso. Las críticas a este grupo las personaliza en la figura de François Guizot, al que acusa directamente de nepotismo:

"Tras diversas tergiversaciones, el señor Guizot, quien ha fundado, a diestra y siniestra, para sus partidarios o sus admiradores, tantas inútiles o incluso nocivas cátedras, se vio arrastrado muy pronto, debido a sus rencores metafísicos, a dejar definitivamente de lado una innovación que podía honrar su memoria y cuyo valor natural había parecido comprender en un primer momento" (*Física social*, "Prefacio personal", 472).

La escuela metafísica sería asimismo responsable de la escasa repercusión de su obra ha tenido en la prensa escrita, completamente sojuzgada a los intereses de sus miembros. Pero sus críticas más violentas las desata paradójicamente contra los representantes de su propia familia intelectual, aquellos que están llamados a constituir algún día, si-

guiendo sus postulados, la clase dirigente, esto es, contra los científicos. Si bien hace distinguos entre matemáticos y biólogos (quienes, por su parte, siempre le habían sido más bien favorables), Comte afirma que en líneas generales esta clase es la responsable directa de que durante años se le hayan negado los medios materiales necesarios para su subsistencia personal, a fin de impedir el digno desarrollo de su filosofía.

Comte se despacha particularmente a gusto contra nuestro segundo "cortesano", François Arago⁷, máximo responsable de la reorganización de la *École Polytechnique* desde 1830:

"Actualmente, toda persona bien informada sabe que las irracionales y opresivas disposiciones adoptadas desde hace diez años en la Escuela Politécnica emanan sobre todo de la desastrosa influencia ejercida por el señor Arago, órgano fiel y espontáneo de las pasiones y de las aberraciones propias de la clase que este personaje lidera hoy en día tan deplorablemente" (*Física social*, "Prefacio personal", 470, nota).

Y esta última bala va a parar directamente al corazón del editor del *Cours*, Bachelier⁸, para quien Arago es algo más que un amigo, puesto que es uno de sus mejores clientes y estaba además a punto de procurarle un estupendo negocio: la reedición nacional de las obras de Pierre Simon de Laplace.

Las consecuencias del "Prefacio personal" no se hacen esperar. Caroline Comte intenta por todos los medios impedir que su marido publique esta invectiva, que no le aportará más que nuevas miserias y su aislamiento académico definitivo. Comte se indigna y la acusa de querer convertirlo en una simple máquina de hacer dinero y prestigio social. Considera que si no está con él en esta difícil tesitura, es mejor que le deje: será la cuarta y última vez. Fiel al principio de su política positiva por el que el hombre tiene la obligación de mantener a la mujer, le ofrece a Caroline una pensión de tres mil francos, aproximadamente un tercio de sus ingresos anuales, pero, a cambio, y ante la amenaza de una nueva crisis cerebral, le solicita que permanezca en el domicilio conyugal hasta que termine la redacción del *Cours*. El 15 de junio de 1842 Caroline encuentra un modesto apartamento en el número 37 de la rue de Rochechouart, al que se muda definitivamente el 5 de agosto. Y el 9 de septiembre, una vez consumada la

ruptura definitiva, le escribe a Comte una carta en la que afirma sin ambages: "De las dos manos que tengo, hubiera dado una porque ese prefacio no hubiera sido publicado" (cit. por Sernin, 1993, 203).

Pero las secuelas van mucho más allá de la esfera doméstica, como era de esperar. En cuanto Bachelier lo lee, se precipita hacia el último y más famoso domicilio de Comte, situado en el número 10 de la rue Monsieur-Le-Prince, y allí le hace saber lo molesto e incómodo de su situación, sugiriéndole que al menos suprima las líneas que aluden al señor Arago. Comte le responde por carta, fechada el 11 de agosto, denegando tal petición, si bien le autoriza a anteponer un Aviso en el que el editor se desmarque de las opiniones allí expuestas. Sin embargo, lo que Bachelier escribe finalmente es una nota que va más allá de lo imaginado por Comte, pues en ella se reproduce literalmente un fragmento de una carta que ha recibido del propio Arago en el que éste exonera de toda responsabilidad al editor y de paso se reafirma en las decisiones académicas que ha tomado al respecto del filósofo:

"No se inquiete, me ha dicho, por los ataques del señor Comte. Si éstos merecen la pena, responderé. El sector del público a quien interesan estas discusiones sabe perfectamente, por otra parte, que el mal humor del filósofo tiene su origen exactamente en la época en la que el señor Sturm fue nombrado profesor de análisis en la Escuela Politécnica. Ahora bien, el hecho de haber aconsejado, en el ámbito del limitado círculo de mi influencia, la elección de un ilustre geómetra y no de su competidor, en quien yo no veía títulos matemáticos de ningún tipo, ni grandes ni pequeños, es un acto de mi vida del que no podré arrepentirme nunca" (*Física social*, "Aviso del editor").

El incidente provoca un pleito judicial. Un miembro del *Conseil* de la *École Polytechnique*, Claude-Louis Mathieu, a la sazón cuñado de François Arago, mueve sus hilos en el transcurso del juicio y se deja ver por las oficinas del periódico *Le National* dando a entender que el futuro de Comte en esa institución estará definitivamente abocado al fracaso si éste prosigue su campaña de difamación durante la audiencia, una amenaza que va a cristalizar tan sólo cuatro meses después. Sin embargo, Comte va a salir victorioso de esta encrucijada. Tras oír a las partes, y considerando que "el señor Bachelier no se ha limitado a recusar de antemano la solidaridad de las aserciones del autor, sino que ha incluido

en él una serie de expresiones inconvenientes al respecto del señor Comte; y que dicho aviso no le ha sido comunicado previamente al señor Comte, quien sólo ha tenido conocimiento de él con la publicación de su volumen" (*Física social*, "Extracto del juicio celebrado el 29 de diciembre de 1842 en el Tribunal de Comercio de París"), el juez resuelve, con fecha de 29 de diciembre de 1842, darle la razón al filósofo y ordena la supresión del "Aviso del editor" y la rescisión del contrato de publicación de la obra, condenando además a Bachelier al pago de las costas del juicio. Más allá de la indignación que provoca en el editor esta resolución, el pretendido negocio ha resultado absolutamente ruinoso: la edición ha sido más cara de lo previsto, pues Comte redacta el doble de páginas que había pactado inicialmente, 4.712 en total, y en lugar de cuatro son finalmente seis los volúmenes publicados; y además, las previsiones de venta no se cumplen ni por asomo: en el almacén de Bachelier se acumulan 398 copias del primer volumen, 560 del segundo, 602 del tercero, 669 del cuarto, 871 del quinto y a fecha de 20 de noviembre de 1842 tan sólo se habían vendido 40 del sexto (Pickering, 1993, 558).

Cuatro meses después de la resolución judicial del Tribunal de Comercio de París que daba la razón a Comte frente al editor del *Cours* se produce la elección de los examinadores de la *École Polytechnique* para el año 1843. El *Conseil* se reúne el 28 de abril y en lugar de elegir directamente a uno de los candidatos se designa una comisión *ad hoc* para que estudiar el caso. El 19 de mayo esta comisión reelige a Comte como examinador, pero en el transcurso de la deliberación llega además a un acuerdo para la implantación de un nuevo sistema de elección de cara a los siguientes años y que lesiona claramente sus intereses: a partir de 1844, los candidatos a ingresar en la *École* no podrán ser evaluados dos años consecutivos por el mismo examinador, de modo que la buena nueva de la reelección queda empeñada por el carácter estrictamente temporal (un año no renovable) que ésta implica. Comte, sin embargo, no es consciente de las consecuencias de esta decisión. Por una parte, está absolutamente convencido de que para entonces ya habrá obtenido "su cátedra"; y, por otra, no cree que los miembros del consejo se atrevan a quitarle su puesto como examinador. Así, el 1 de mayo de 1844 le escribe a su buen amigo el filósofo inglés John Stuart Mill⁹:

"No creo que tenga que temer verdaderamente nada, en cuanto respecta a mi situación presente, de la reelección

anual a la que como de costumbre será sometido este mes y de la que ni siquiera me voy a informar" (Gouhier, 1997 [1931], 197).

Comte despierta abruptamente de su ingenuidad el 27 de mayo, fecha en la que el *Conseil de l'École* proclama una lista de tres candidatos entre los que no aparece su nombre. Sólo entonces decide exponer su situación ante las más altas instancias educativas e incluso obtiene una audiencia privada con el ministro, el mariscal Soult, con quien se reúne finalmente el 1 de junio, haciéndole entrega de una denuncia por escrito en la que acusa a la mayoría de los miembros del *Conseil* de prevaricación y se solicita una investigación oficial. Pese a los esfuerzos de sus amigos dentro de la institución, como Jean-Marie Duhamel, Gabriel Lamé o incluso el propio Louis Poincot, y tras varias cartas y encuentros entre el mariscal, la *École* y Comte, llega el año 1845 y el *Conseil* desecha de nuevo su candidatura en beneficio de otro examinador.

Frente a lo que pudiera parecer, ni sus preocupaciones cotidianas ni su exasperación son en principio de índole puramente crematística. A estas alturas, Comte contaba con la promesa que le había realizado Mill, quien, en previsión de sus futuras y más que probables dificultades, se había comprometido, en el mes de junio de 1843, a buscarle en Inglaterra las ayudas económicas que se le negaban en Francia. Dadas las extraordinarias circunstancias en las que Comte se encuentra tras la pérdida de su empleo como examinador, Mill se pone manos a la obra y expone su caso entre los simpatizantes positivistas al otro lado del Canal, obteniendo rápidamente respuesta: así, el 14 de agosto de 1844 ya ha conseguido seis mil francos merced a las aportaciones de George Grote, William Molesworth y Raikes Currie. Pan para hoy y hambre para mañana, puesto que esta especie de subsidio no puede ser eterno y, de hecho, se termina exactamente un año después, en agosto de 1845, para mayor enfado de Comte. La situación roza el esperpento en una carta que le dirige a Mill, en la que se permite desechar las alternativas que éste le propone (alojar en su casa a un estudiante o escribir algunas reseñas en revistas inglesas) e incluso le sugiere la prolongación del subsidio durante un año más (Gouhier, 1997 [1931], 203). Lo que realmente le duele a Comte es el silencio ensordecedor con el que su obra es acogida en su propio país, en donde el *Cours* no ha tenido la más mínima repercusión en la prensa escrita. Sin embargo,

esta dinámica va a cambiar a finales de 1844, cuando, de pronto, aparece en escena Émile Littré¹⁰, sin lugar a dudas uno de sus discípulos más famosos, y empieza a publicar en las páginas de *Le National* una serie de seis artículos muy entusiastas sobre el positivismo comtiano.

En cuanto a su situación académica, Comte ha de proseguir durante todo este período, infructuosamente, por lo demás, en su empeño de lograr la tan ansiada estabilidad profesional. En 1846, retomando aquella vieja propuesta que ya le había planteado a Guizot, vuelve a solicitarle al ministro de Instrucción Pública, por entonces Hippolyte Carnot, la creación *ex-nihilo*, en el *Collège de France*, de una cátedra para él, esta vez de "Historia General de las Ciencias Positivas", una petición que una vez más se quedará en agua de borrajas. Además, la *École* vuelve a sacar a concurso en 1848 tres nuevas plazas de examinador de admisión, pero el *Conseil* vuelve a dejarlo en segunda posición, inmediatamente después de un candidato joven-císimo, Joseph Bertrand. Comte se siente particularmente dolido ante este enésimo fracaso, pues a su juicio habría sido propiciado por la traición de uno de sus pocos amigos dentro de la institución, Jean-Marie Duhamel, a la sazón tío de Bertrand. La crisis económica hace que la academia del Sr. Laville, en la que Comte trabajaba desde hacía algunos años, decida prescindir también de sus servicios, de modo que ya sólo le quedan los dos mil francos anuales que percibe por sus clases como pasante en la *École*. En noviembre de 1848, ante la fatalidad financiera, Émile Littré vuelve a plantear entre sus allegados la idea del "subsidio positivista" que años atrás habían ofrecido por los ingleses, y consigue recaudar 2.828 francos.

Es precisamente en ese círculo en donde Comte encontrará desde ahora sus mayores satisfacciones. Sus ideas, pese a todas las dificultades, no han caído en saco roto, y han logrado arraigarse profundamente en algunas conciencias. Así, el 25 de febrero de 1848 Comte funda *L'Association libre pour l'instruction positive du peuple dans toute l'Occident européen*, que pocos días después, el 8 de marzo, pasa a denominarse la *Société positiviste*. Durante años, allí se abordarán todo tipo de cuestiones, especialmente aquellas relativas a la actualidad: la libertad de enseñanza, la cuestión del trabajo y la propiedad, el mecanismo industrial, etc. Así, el 9 de agosto de 1848 se presenta un informe que ha sido elaborado por la "comisión de la Sociedad positivista encargada de examinar la naturaleza y la pla-

nificación de un nuevo gobierno revolucionario" (cit. por Sernin, 1993, 304), inspirado evidentemente por el propio Comte, firmado por "[Émile] Littré, miembro del Instituto y del consejo municipal de París, [Fabien] Magnin, carpintero, y [Pierre] Laffitte, profesor de matemáticas" y en el que se plantea como sistema de gobierno la República, aunque pasando por una breve dictadura del proletariado. Otra comisión de la sociedad se dedica mientras tanto a reorganizar la educación en aspectos cruciales como los planes de estudios, los programas, la composición de los cursos, etc. A lo que parece, los positivistas están decididos ya por entonces a traducir sus especulaciones en instituciones (Petit, 2001 [1998], 116).

Como era de esperar, llega el día en que el *Conseil* de la *École* decide acabar de una vez por todas, y esta vez para siempre, con el único vínculo que mantenía Comte con la institución. En noviembre de 1851 pierde su puesto de pasante, de modo que, como afirma Gouhier, la suscripción voluntaria de los positivistas se vuelve obligatoria y de hecho pasa a convertirse en una especie de "subsidio sacerdotal" (Gouhier, 1997 [1931], 252). El pago de la co-tización se convierte entonces en un mandamiento más de la Iglesia positivista, fijándose una contribución mínima de un céntimo diario (ibid.). Así, el 5 de enero de 1852 Comte escribe a sus subscriptores su tercera circular anual en la que, si bien se lamenta de su *modus vivendi*, se felicita por la progresión económica que ésta ha experimentado en el transcurso de los tres últimos años: 2.928 francos en 1849, 3.268 francos en 1850 y 4.205 francos en 1851. Esos, y no otros, serán los recursos con lo que habrá de sobrevivir el fundador del positivismo hasta su muerte, acaecida en la madrugada del 5 de septiembre de 1857.

¿Qué lecciones podemos extraer de esta amarga epopeya vital e intelectual? Para nosotros resulta evidente que, a pesar de que es innegable que la existencia de las propias instituciones académicas y de las comunidades que proliferan a su alrededor han favorecido históricamente la producción del conocimiento, también es verdad que en cierta manera la ha sometido a un férreo control, y continúan haciéndolo, en la medida que en ellas se exige la adaptación a unos patrones de conducta y a unas formas de expresión y de pensamiento que no siempre están dictadas por la naturaleza del objeto estudiado. Algo de ello

hemos querido poner de manifiesto en esta breve incursión en la biografía de Auguste Comte, un filósofo a quien, como acabamos de comprobar, por suerte o por desgracia, jamás contó con el favor de los dirigentes de ninguna de las dos grandes instituciones académicas de la Francia de la época, y cuya obra, en consecuencia, terminó por seguir unos derroteros muy alejados de los que *a priori* habrían debido corresponderle a un autor de su talla intelectual.

LAS COMUNIDADES ESPECIALIZADAS EN EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO

Tal es, precisamente, el objeto de este monográfico: demostrar cómo para la creación y difusión de un determinado ámbito del conocimiento es necesario que se constituyan asimismo unos grupos corporativos especializados, que serán los encargados de su elaboración y transmisión; y tratar de dilucidar además hasta qué punto la dinámica interna de esas propias comunidades puede poner trabas y establecer los límites de cada conocimiento específico.

A fin de otorgarle al volumen una organización lógica y coherente hemos decidido dividirlo en dos grandes bloques temáticos. El primero, "Sociología histórica del saber y de la ciencia", incluye un total de nueve contribuciones. Abre la sección un trabajo de María del Mar Llinares García en el que por una parte se estudia la relación existente entre determinados grupos, más o menos cerrados, y el progreso de una serie de saberes especializados, ya sean éstos de naturaleza rigurosamente técnica (como por ejemplo es el caso del que atesoran los herreros o los ceramistas), de carácter religioso y ritual o bien, por último, de acceso a la edad adulta, mientras que, por otra parte, se analiza la innegable correlación entre la pertenencia a tales grupos y la creación o, llegado el caso, la consolidación de todo tipo de privilegios, ya sean económicos, sociales o simplemente simbólicos.

Tras esta apertura en clave antropológica hemos situado dos trabajos pertenecientes al ámbito cronológico de la Historia Antigua. La contribución de Antonio Pérez Largacha analiza el papel que desempeñaron en el Próximo Oriente Antiguo los escribas, quienes en su calidad de especialistas, propiciaron un mejor funcionamiento de la administración, pero también resultaron ser además los

encargados de componer, copiar y transmitir los logros de sus gobernantes, así como de presentarlos ante los dioses y la sociedad, careciendo de la más mínima libertad para escribir textos que no emanaran directamente de los templos o palacios en los que realizaban tal labor y, en consecuencia, teniendo su ocupación un carácter claramente "aculturador" e "integrador" en unas normas y en unos valores profundamente vinculados a las instituciones de poder. José Solana, por su parte, desgrana y confronta en su artículo los tres tipos de escuelas filosóficas que se dieron en la Antigua Grecia y los examina en sus relaciones con el poder político. Así, los representantes del primero de ellos, que agrupa a los milesios, los eleáticos y, en parte, a algunos de los miembros del Liceo de Aristóteles, consideraron la actividad filosófica como un conjunto de proyectos de investigación, no necesariamente carentes de interés pragmático, movidos por el deseo de explicar los fenómenos, y compatibilizaron sus actividades de investigación con el desarrollo de determinadas actividades políticas en el marco de las instituciones de sus propias ciudades; los representantes del segundo tipo, que reúne a los pitagóricos y a los miembros de la Academia platónica, se propusieron alcanzar la unión entre el saber y el poder, hallando tal propuesta su mejor síntesis en la promoción del ideal del "filósofo rey", mientras que, por último, ya en el transcurso de la época helenística, los miembros de las escuelas filosóficas propias de este período pretendieron fundamentalmente ofrecerle un ideal de vida a los hombres cultos e instruidos de su tiempo.

A continuación, hemos emplazado tres contribuciones que, en un principio, pueden ser clasificadas como correspondientes al extenso marco cronológico propio de la Edad Media, si bien, como veremos, sus derivaciones llegan incluso hasta la actualidad, y en las que además se abordan cuestiones relativas a la sociología del saber en el ámbito de las tres grandes religiones monoteístas. Así, Jesús de Prado Plumed examina dos ideas generalmente aceptadas en el judaísmo rabínico, a saber: la de que la humanidad se encuentra en una especie de declive espiritual continuo y la de que la única voz realmente autorizada para emitir juicios es la de aquellos juristas en activo cuya opinión haya alcanzado rango vinculante, aunque diverja de la de autoridades precedentes. De Prado se sirve concretamente del problema legal de las "mujeres encadenadas" con el fin de determinar la naturaleza y la extensión actual de ambas ideas, centrándose particularmente en el análisis

de la paradoja que resulta del vínculo existente entre reflexión académica y autoridad inherente al ámbito de estudios propio de su especialidad. Juan Martos Quesada, por su parte, aborda en su contribución la convivencia de cuatro maneras diferentes de interpretación en el ámbito concreto del Derecho islámico, esto es, la existencia de cuatro escuelas jurídicas bien diferenciadas, la malikí, la hanafí, la shafíⁱ y la hanbalí (con sus propios tratados jurídicos, diferentes maneras de resolver problemas similares y una forma distinta de aplicar la prioridad en las fuentes jurídicas), para centrarse en el estudio concreto del proceso de implantación de la escuela jurídica malikí en al-Andalus. Por último, Susana Guijarro González lleva a cabo una síntesis de papel jugado por las escuelas monásticas y catedralicias en la transmisión del conocimiento medieval, fundamentalmente como consecuencia del establecimiento de un programa que conjugaba el saber con la ética a través del estudio de la gramática y la retórica, y que en la práctica les permitió formar a la mayoría de los alfabetizados de la época (fundamentalmente clérigos y monjes), prestando sus servicios con similar destreza tanto a la Iglesia como a las cortes reales y señoriales y simbolizando la estrecha alianza entre poder y saber que se consolida en el transcurso de la Baja Edad Media.

Viene a continuación el ensayo de Concha Roldán Panadero acerca de las "filosofías para damas" escritas por varones desde comienzos del siglo XVII, las cuales, a juicio de la autora, representarían, más allá de su intención de difundir los conocimientos científicos, un buen ejemplo de las inconsecuencias de una Ilustración que persigue al mismo tiempo la emancipación de la humanidad y la sumisión de las mujeres, así como de una serie de ensayos coetáneos, muchos de ellos escritos por mujeres, que ponen a su vez de manifiesto una *querelle des femmes* que, según Roldán, habría surgido a la par que la república europea de las letras como efecto de una ilustración temprana y como contrapunto de sus contradicciones, al pretender al mismo tiempo la transmisión del conocimiento a todo el género humano y la exclusión de las mujeres de los cauces que se estaban normalizando para tal fin. Tomando como ejemplo a algunos de los autores más significativos de la denominada ética ilustrada, tales como Christian Wolff, o Immanuel Kant, Concha Roldán considera, por una parte, que el punto decisivo de esa contradicción entre *theoria* y *praxis* residiría en el pulso que sostuvieron la ética y la antropología y, por otra, que esa incipiente *querelle*

representa, tal y como lo ha defendido Celia Amorós, "una ilustración dentro de la ilustración" capaz de reconstruir los puentes entre ambos pares de conceptos. Ricardo Campos Marín y Rafael Huertas García-Alejo abordan en su contribución los conflictos y las contradicciones detectadas en el transcurso de los primeros ciento cincuenta años de historia de la institución manicomial como eje vertebrador de la psiquiatría y como centro productor de saber, centrándose particularmente en algunas de las polémicas historiográficas acerca de su papel como espacio de reclusión, de defensa social y de conocimiento científico y tomando como hilo conductor el caso francés y la obra de Michel Foucault. Por último, cerrando el primer bloque de este número monográfico, el estudio de Pedro Andrés Piedras Monroy trata de arrojar luz sobre el modo en el que el filósofo y sociólogo alemán Max Weber actualiza los desafíos educativos de Wilhelm von Humboldt, una cuestión poco estudiada por sus biógrafos, quienes, en su mayoría, nunca han considerado demasiado interesante reflexionar acerca de la crítica que este autor hace de la universidad alemana de su tiempo y que, sin duda, resulta crucial a la hora de interpretar y comprender su pensamiento.

El segundo bloque agrupa las cinco contribuciones relativas a la "Sociología de la ciencia contemporánea". La primera de ellas, probablemente la más polémica de todas, al referirse a un grupo de investigación español en activo, es la de José C. Bermejo Barrera, quien, tras analizar la estructura interna y la dinámica del "Laboratorio de Arqueología da Paisaxe" (LAR), del CSIC, así como la de su unidad asociada, el "Laboratorio de Paleoambiente, Patrimonio y Paisaje" (LPPP), dependiente institucionalmente de la Universidad de Santiago de Compostela, trata de poner de manifiesto el contraste existente entre la percepción que este grupo tiene de sí mismo y su imagen externa. Así, en la primera parte de su contribución, Bermejo estudia los condicionamientos externos de sus investigaciones en el ámbito del arte rupestre gallego, dedicándole la segunda parte de la misma a mostrar cómo esos condicionamientos conducen finalmente a los miembros de este equipo a sobreinterpretar la evidencia arqueológica e incluso a desarrollar teorías que contradicen las bases empíricas de la investigación. Entre otras aseveraciones, Bermejo afirma que la percepción interna que el grupo construye se basa en los supuestos de que poseen una teoría original del conocimiento arqueológico, de que esa teoría es indisoluble de la práctica administrativa de la arqueología y que, a su vez,

ambas se convierten en objeto preferente de interés social, económico y político. Por último, tras señalar la inconsistencia de tales supuestos, Bermejo asegura que, como consecuencia de las necesidades retóricas de aparecer como innovadores integrales de la investigación, como creadores de una teoría global y como servidores del interés público a través de la práctica arqueológica, los miembros de este equipo de investigación llegan a construir visiones del pasado partiendo de evidencias mínimas, e incluso utilizando como pruebas la carencia de evidencias.

Como no podía ser de otro modo, no podía faltar en este número monográfico una contribución que abordase la cuestión desde el punto de vista de la comunidad de los historiadores, y más concretamente desde el de las denominadas "nuevas comunidades académicas de historiadores". De ello se ocupa Israel Sanmartín Barros, quien analiza las recientes formas de sociabilidad surgidas en los últimos años como consecuencia de la irrupción de las nuevas tecnologías de la comunicación. Tomando como marco de referencia la historia de la ciencia y las "Science Wars", Sanmartín examina las ideas de Comunidad, Red, "Private Army", etc., y las nuevas formas de interrelación de los historiadores, particularmente aquellas surgidas al hilo de la generalización de las listas de discusión (al respecto de las cuales describe diferentes tipos y modalidades), para, a modo de conclusión, terminar planteando lo que el propio autor denomina "un breve argumentario propositivo" en que se establecen algunas matrices deseables para el futuro de tales comunidades.

A continuación viene el trabajo de Juan Carlos Moreno Cabrera, quien trata de describir los presupuestos ideológicos subyacentes a la labor de los gramáticos normativistas y de las instituciones que la oficializan, como es el caso principalmente de las academias de las lenguas, cuyo fin último no es otro que la implantación de un determinado modelo de lengua basado en la variedad lingüística de la clase dominante. En su contribución, Moreno pone de manifiesto que este modelo de lengua se fundamenta en una concepción filológica procedente de la Antigüedad Clásica y que esta visión distorsiona algunas de las propiedades esenciales de las lenguas naturales humanas, lo cual supone, en la práctica, una dificultad para el progreso del conocimiento científico de las lenguas naturales. Desde el mismo ámbito de estudios, pero con un perfil temático muy diferente, Sonia Madrid Cánovas se sirve del archi-

famoso *affaire* Sokal para presentar algunas reflexiones en torno al uso del lenguaje en el ámbito de la ciencia, tratando de poner particularmente de manifiesto la visión que los llamados "neocientíficos" poseen del discurso científico y la utilización que hacen de tal enfoque, el cual no incidiría tanto en la caracterización de la comunidad de la que aquellos forman parte como en la de su supuesta antagonista, la comunidad humanística.

En la quinta y última contribución correspondiente a este segundo bloque temático, firmada por Javier Echeverría Ezponda, se afirma, entre otras cosas, que algunas "innovaciones epistémicas" pueden ser analizadas como resultado de procesos de transferencia de conocimiento entre diferentes comunidades científicas. Así, a juicio del autor, los científicos no sólo producen conocimiento en su ámbito de especialización sino que, además, son asimismo usuarios del conocimiento que otros colegas han producido en campos distintos al suyo. Tras reinterpretar las propuestas teóricas planteadas por Eric von Hippel en su libro *Democratizing Innovation*, Echeverría analiza otras fuentes de innovación epistémica, mencionando una serie de ejemplos concretos, tales como los suministradores (*Thomson ISI*), los distribuidores (las revistas *Nature* o *Science*) y el uso transdisciplinario del conocimiento científico, y llega a la conclusión de que los procesos de transferencia que pueden generar innovaciones se producen en redes de conocimiento con diferentes nodos de innovación y que estas propuestas pueden aplicarse a otras modalidades de conocimiento (esto es, no sólo científico, sino también tecnológico, jurídico, administrativo, cultural, artístico y de otros tipos) e incluso a la transmisión del conocimiento a la sociedad.

No hemos podido encontrar mejor manera de cerrar el volumen que con la original aportación de Enrique Gavilán Domínguez y por ello hemos decidido concederle la categoría de "epílogo". En su trabajo, Gavilán aborda la capacidad del teatro para explorar mecanismos centrales en una sociedad tan teatralizada como la actual, y lo hace a partir de un género específico, asociado de alguna manera a cierto teatro "histórico", concretamente aquel en el que un episodio del pasado es celebrado y representado en el mismo lugar donde ocurrió, esto es, aquel en el que lo que termina por privilegiarse no es otra cosa que la representación de la "memoria del lugar". El autor resalta particularmente la ambigüedad implícita en la situación

y las dos formas, muy distintas entre sí, de manejarla, toda vez que tales representaciones teatrales terminan por convertirse bien en ceremonias conmemorativas al servicio de la afirmación de una identidad, bien en subterfugio de aprovechamiento de la ironía implícita en el gesto teatral para desmontar las trampas de la memoria.

Tiene el lector a continuación, a su entera disposición, las quince contribuciones de las que consta este número monográfico dedicado íntegramente a la sociología del saber y al papel de las comunidades especializadas en la transmisión del conocimiento, las cuales, tras su pertinente y atenta lectura, le permitirán emitir un juicio fundado acerca de su nivel de excelencia y su interés globales. Sin embargo, considero que también yo, por mi parte, en mi calidad de editor, tengo derecho a expresar ahora mi opinión al respecto, aunque sea muy someramente. Desde mi punto de vista hemos logrado componer entre todos los colaboradores un volumen de gran interés, extremadamente rico en contenidos, de temática ciertamente novedosa, interdisciplinar o, si se prefiere, transdisciplinar, y desde luego, muy variado. Estoy convencido de que las contribuciones que lo conforman le resultarán sugerentes a todos sus hipotéticos lectores, incluidos aquellos cuyas características coincidan *grosso modo* con los arquetipos

de "monje" y de "cortesano" de los que nos hemos servido en esta introducción; materia hay, desde luego, y en cantidad además, para que, retomando las definiciones de Bermejo recogidas en la cita inicial, tanto "profesores" como "gestores académicos" (y entre estos últimos, particularmente los del CSIC) reflexionen a partir de ellas bajo nuevos y proteicos presupuestos.

En todo caso, los posibles méritos les corresponden en exclusiva a cada uno de los autores, todos ellos especialistas en los ámbitos temáticos de los que tratan sus respectivas contribuciones. Sin lugar a dudas, su decidido compromiso con este proyecto editorial desde su gestación hasta su conclusión y su escrupuloso respeto en todo cuanto concernía al calendario, las temáticas propuestas y las normas editoriales de la revista han facilitado sobremedida mi labor. Por todo ello, y por haberme demostrado que, pese a la *libido dominandi* que nos rodea, todavía hay colegas en nuestro mundillo capaces de entregarse con total generosidad y prácticamente por puro altruismo (término que, por cierto, acuñó precisamente Comte hacia 1851, con el fin de secularizar de algún modo la noción cristiana de caridad) al cultivo, simple y llano, del conocimiento, quisiera finalizar mi trabajo con la manifestación pública de mi más sincero agradecimiento hacia todos y cada uno de ellos.

NOTAS

- * Amén del inestimable trabajo realizado por los autores de este número monográfico, este proyecto editorial no habría visto la luz sin el apoyo de estas tres personas: José Carlos Bermejo Barrera, quien contribuyó decisivamente a diseñar el plan general de la obra; José Ramón Urquijo Goitia, quien me dio la idea de ofrecerle el proyecto a la revista *Arbor*, animándome además desde un principio, con todo su entusiasmo, a ponerlo en marcha, y Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, Director de la revista, quien, tras darle su visto bueno, me ofreció total libertad para

desarrollarlo y una siempre generosa aquiescencia ante los retrasos que finalmente se produjeron en el curso de su ejecución.

- 1 Mi edición comentada de las doce lecciones relativas a la "Física social" que Comte publicó en el volumen cuarto, quinto y la primera parte del sexto de su célebre *Curso de Filosofía Positiva* incluye una concisa y completa semblanza biográfica de un autor muy poco conocido en nuestro país y cuya obra constituye por sí sola un hito fundamental en la historia del pensamiento contemporáneo. Cfr. Goberna Falque, J. R. (2008): "La amarga epopeya. Una biografía intelectual de Auguste Comte", en

Recibido: 15 de enero de 2008

Aceptado: 15 de enero de 2008

Comte, A., 2008 [1839-1842]: *Física Social*, Madrid, Akal (en prensa).

- 2 El matemático e ingeniero francés Henri Navier (1785-1836) fue responsable de varias contribuciones relevantes sobre los canales de navegación (1816), pero ha pasado a la posteridad por ser el creador de la teoría general de la elasticidad (1821). Es probable que su mayor contribución científica sea la relativa a las ecuaciones que describen la dinámica de un fluido no compresible, conocidas hoy día como "ecuaciones de Navier-Stokes". Fue asimismo el precursor del cálculo de estructuras mediante su hipótesis de que las secciones planas permanecen planas tras una deformación. Miembro de la *Académie des sciences* desde 1824, desarrolló su actividad docente en la *École Nationale de Ponts et Chaussées* en 1830 y a partir del año siguiente, como acabamos de ver, en la *École polytechnique*. Comte incluirá su *Cours d'analyse de l'École polytechnique* (junto al *Essai sur l'équilibre et le mouvement*, de Lazare Carnot, reunidos en un solo volumen), en la sección "Science" de la *Bibliothèque positiviste*.
- 3 Dos de las obras del François Guizot, su *Histoire de la civilisation en Europe* (1828) y su *Histoire de la civilisation en France* (4 vols., 1830), son consideradas como auténticos clásicos de la historiografía europea. Tras su elección como parlamentario en la Cámara de los Diputados, en enero de 1830, su influencia política no dejó de crecer y de hecho se convirtió en uno de los más ardientes defensores de la política llevada a cabo por Luis Felipe de Orleans y sus correligionarios del "partido de la resistencia" como campeón de "una monarquía limitada por un número limitado de

burgueses". A partir de 1840 su ascendiente será de tal calibre que en la práctica será considerado como el auténtico jefe de gobierno, si bien a la sombra del Primer Ministro, el mariscal Soult, llegando incluso a ser nombrado Presidente del Consejo en 1847, poco antes de la caída del régimen de la Monarquía de Julio. En 1848 se verá obligado a exiliarse en el Reino Unido, en donde recupera su faceta de historiador y de observador privilegiado de la sociedad de su época.

- 4 Pierre Louis Dulong (1785-1838) fue un relevante químico y físico francés, siendo particularmente conocido por sus trabajos sobre el calor específico, la dilatación y el índice de refracción de los gases. A lo largo de su carrera pudo ascender los principales escalones docentes de la *École polytechnique*, en la que había ingresado en 1801, llegando a ser *Directeur d'études* a partir de 1830. Sus contribuciones científicas le habían abierto las puertas de la *Académie des Sciences de Paris* algunos años antes, en 1823.
- 5 La mayor contribución del matemático, geómetra y físico francés Siméon Denis Poisson (1781-1840) al conocimiento científico de la época concierne al ámbito de la electricidad y el magnetismo, pero también fueron notorias sus aportaciones astronómicas, especialmente en cuanto concierne a la atracción planetaria, publicadas en sendas memorias dedicadas a estos temas: *Sur l'attraction des sphéroides* (1829) y *Sur l'attraction d'un ellipsoïde homogène* (1835). En matemáticas, sus trabajos más relevantes giraron en torno a la serie relativa a las integrales definidas y su discusión acerca de las series de Fourier, publicadas respectivamente

en el *Journal de l'École polytechnique* entre 1813 y 1823 y en sus *Mémoires de l'académie pour 1823*.

- 6 El matemático francés de origen suizo Jacques Charles-François Sturm (1803-1855) logró gran parte de su reconocimiento académico por el teorema que lleva su nombre y que permite calcular el número de las raíces reales distintas de un polinomio comprendidas en un intervalo. Miembro de la *Académie des sciences* desde 1836, "rèpétiteur" en la *École polytechnique*, como Comte, pero, tal y como acabamos de ver, con más éxito que éste, fue él quien finalmente lograría la plaza de profesor allí, para convertirse, años más tarde, en el sucesor de Siméon Denis Poisson en la cátedra de mecánica de la *Faculté des sciences* de la Universidad de París. Entre otros muchos méritos cabe destacar su ingreso en 1840 en *Royal Society*, que ese mismo año le concederá la medalla Copley, o la coautoría, junto a Joseph Liouville, de la teoría Sturm-Liouville. Charles Sturm será uno de los setenta y dos sabios cuyo nombre merecerá ser inscrito en la Torre Eiffel, en 1889. Es evidente que Comte menospreció sus capacidades científicas, probablemente sin razón, y lo pagó caro. Sobre la versión comtiana de los sucesos relativos a esta confrontación, cfr. Comte, A. (2008), *Física social*, "Prefacio personal".
- 7 El astrónomo, físico y político francés François Arago (1786-1853) debe parte de su gloria inicial al carácter heroico que tuvo su evasión en el transcurso de la Guerra de la Independencia española, un mérito que a la postre le permitió ser elegido miembro de la *Académie des Sciences de Paris* a los veintitrés años de edad, siendo nombrado además profesor de

geometría analítica y de geodesia en la *École polytechnique* (1809-1830) como sucesor de Gaspard Monge. Sin embargo, su mayor posición de privilegio académico la alcanzaría como Director del *Observatoire de Paris*. Su caracterización como "cortesano" quedará patente en su biografía política: fue una de las figuras clave del partido republicano durante la Monarquía de Julio y, tras la revolución de 1848, llegó a ser ministro de la Guerra y de la Marina e incluso presidente de la Comisión ejecutiva, asumiendo de hecho durante un mes y medio una responsabilidad próxima a la de Jefe de Estado.

- 8 La relación personal de Comte con Bachelier se había iniciado en realidad en el mes de noviembre de 1832, cuando un buen amigo del filósofo, François Mellet, les puso en contacto. El *affaire* desencadenado por el "Prefacio personal" y el "Aviso del editor" no culminará con la resolución judicial emitida por el Tribunal de Comercio de París, el 29 de diciembre de 1842, sino que se extenderá todavía durante varios años, llegando incluso al menos hasta el mes de septiembre de 1850, cuando Comte consigue cobrar, tras varias reclamaciones, una deuda de 750 F que todavía le debía Bachelier en concepto de derechos de autor.
- 9 El filósofo y economista británico John Stuart Mill (1806-1873) ha

sido considerado el pensador liberal más influyente del siglo XIX. Este defensor del utilitarismo (la teoría ética concebida por Jeremy Bentham) se convertirá pronto en uno de los mejores amigos de Comte, como lo demuestra el hecho de que llegue incluso a preocuparse por buscarle en su país las ayudas económicas que se le negaban en Francia.

- 10 El lexicógrafo y filósofo francés Émile Littré (1801-1881), pese a deber su celebridad a su *Dictionnaire de la langue française* (llamado comúnmente *Le Littré*), es considerado uno de los principales discípulos de Auguste Comte, pues llegó incluso al punto de considerar la lectura de sus obras "el punto cardinal de su vida", y desde luego fue uno de los más importantes divulgadores del positivismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Becher, T., y Trowler, P. R. (2001): *Academic Tribes and Territories*, Filadelfia, Open University Press.
- Bermejo Barrera, José Carlos (2006a): *Ciencia, Ideología y Mercado*, Madrid, Akal.
- Bermejo Barrera, José Carlos (2006b): "Novum Glosarium Academicum o cómo hablar correctamente en la Universidad", en *La aurora de los enanos. Decadencia y caída de las universidades europeas*, Madrid, Akal, 39-48.
- Bourdieu, Pierre (1984): *Homo academicus*, París, Minuit.
- Gouhier, Henri (1997 [1931]): *La vie d'Auguste Comte*, París, Vrin.
- Goberna Falque, Juan Ramón (1994): "La cofradía de los historiadores. Estudio de los mecanismos institucionales de la escuela de los *Annales* durante la era Braudel", *Historia y Crítica*, 4, 85-120.
- Goberna Falque, Juan Ramón (2008): "La amarga epopeya. Una biografía intelectual de Auguste Comte", en Comte, Auguste, *Física social*, Madrid, Akal (en prensa).
- Guizot, François (1859): *Mémoires*, París, Michel Lévy Frères.
- Sernin, André (1993): *Auguste Comte. Prophète du XIXe siècle: sa vie, son oeuvre, son actualité*, París, Albatros.
- Comte, Auguste (2008 [1839-1842]): *Física social*, Madrid, Akal [Dado que esta publicación se haya actualmente en prensa, hemos optado por señalar, a título informativo solamente, las páginas correspondientes de la edición en francés de esta obra llevada a cabo por Jean-Paul Enthoven (1975), *Physique Sociale*, París, Hermann].
- Pickering, Mary (1993): *Auguste Comte: An Intellectual Biography*, Nueva York, Cambridge University Press, vol. I.
- Petit, Annie (2001 [1998]): "Comte, Auguste, 1798-1857", en Raynaud, P. y Rials, S. (eds.), *Diccionario Akal de Filosofía Política*, Madrid, Akal.